

Carlos Taibo Arias es profesor titular de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid, es uno de los máximos expertos españoles en política internacional y globalización, ha publicado numerosos libros.

“LA IMPORTANCIA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL “NUEVO ORDEN INTERNACIONAL”

La palabra 'globalización' ha acabado por instalarse entre nosotros, me temo que con franca vocación de permanencia, sin que se nos ofreciese la posibilidad de calibrar si nos interesaba o no. Sospecho que la operación correspondiente, no precisamente neutral, se vinculaba, antes bien, con las necesidades de legitimación de esa propuesta de un nuevo orden internacional que el padre del actual presidente norteamericano formuló en 1990. Tal propuesta casaba muy mal con la pervivencia de determinadas palabras, entre ellas 'capitalismo' e 'imperialismo', que tenían y tienen una bien merecida imagen negativa a los ojos de la mayoría de los habitantes del planeta. Se hacía preciso buscar un nuevo término, mucho más suave y cargado de connotaciones positivas, que trasladase la imagen de que los procesos económicos en el globo empezaban a discurrir por un canal más saludable. Y a fe que quienes dieron con la palabra 'globalización' realizaron de una manera muy inteligente su trabajo.

Lo que acabo de decir no supone en modo alguno que esté afirmando que el capitalismo contemporáneo es igual al que se registraba hace veinte o treinta años. Es cierto que en la textura de aquél han ido apareciendo elementos relativamente novedosos que, conforme a una lectura de los hechos, vendrían a justificar que hablemos de globalización siempre y cuando la palabra correspondiente se vea acompañada de adjetivos que, como los de 'capitalista' o 'neoliberal', nos permitan recuperar densidad crítica. ¿Cuáles serían, a ojo de buen cubero, esos cambios que se han registrado en la impronta propia del capitalismo de nuestros días?

El primero de ellos, y voy a citar cinco, nos habla de una formidable supremacía de la especulación. No olvidéis, y creo que el dato por sí solo es escalofriante, que en el planeta se mueven sesenta veces más recursos en operaciones de cariz estrictamente especulativas que los que corresponden a la compraventa efectiva, material, de bienes y de servicios. La especulación, en otras palabras, lo inunda todo. Un segundo rasgo relevante del capitalismo contemporáneo nos habla de un crecimiento espectacular de las fusiones de capitales. Los capitales inmersos en esas fusiones se han multiplicado nada menos que por siete en los últimos quince años, en un escenario caracterizado, en consecuencia, por una concentración abrumadora del poder. Un tercer rasgo del capitalismo que padecemos asume la forma de lo que ha dado en llamarse 'deslocalizació'n, un proyecto encaminado a trasladar empresas enteras a otros países, en busca las más de las veces de una mano de obra barata que explotar, de ventajas fiscales o de gobiernos autoritarios que permitan garantizar la obtención del beneficio más descarnado. El cuarto rasgo vertebrador del capitalismo contemporáneo lo configura una apuesta inmoderada encaminada a hacer desaparecer los poderes políticos tradicionales, de tal

manera que, al calor de la desregulación, remitan los controles y los capitales puedan moverse a capricho sin ninguna cortapisa a lo largo y ancho del planeta. El quinto y último rasgo no es otro que un crecimiento formidable de las redes del crimen organizado. Cuando desaparecen los controles políticos, ello beneficia a los capitales que se mueven en la legalidad, pero beneficia también, claro, a aquellos que se mueven de manera clandestina.

Lo que acabo de trasladaros creo que puede resumirse en una gran metáfora: la mayor apuesta de la globalización en curso lo es en provecho de una especie de paraíso fiscal de escala planetaria, en el que los capitales deberían moverse sin ningún tipo de cortapisa, los poderes políticos habrían desaparecido y se ignoraría por completo cualquier consideración de cariz humano, social o medioambiental. Mucho mejor que yo lo ha descrito el sociólogo Manuel Castells, cuyos comentarios me limito a leer: "El resultado de la globalización financiera es quizá que hemos creado un autómatas que condiciona nuestras vidas de forma decisiva. La pesadilla de la humanidad, ver que nuestras máquinas se apoderan de nuestro mundo, parece que está a punto de volverse realidad, no en forma de robots que eliminen puestos de trabajo, ni de ordenadores del gobierno que vigilen nuestras vidas, sino de un sistema electrónico de transacciones financieras. El sistema puede con los controles y regulaciones instaurados por los gobiernos, las instituciones internacionales y las firmas financieras privadas, para no hablar de las consideraciones de inversiones particulares, consumidores y ciudadanos".

¿Cuál es la segunda apreciación que quiero haceros? Me interesa mucho subrayar que la globalización que padecemos no es ni un proceso descentralizado ni un proceso igualitario. ¿En qué estoy pensando cuando afirmo que no se trata de un proceso descentralizado? Lo fundamental es que se halla claramente controlado desde los tres núcleos de poder tradicionales del capitalismo del siglo XX: los Estados Unidos, la Unión Europea y Japón. Pensad, por ejemplo, que el censo de empresas transnacionales, que son al fin y al cabo el núcleo vertebrador de la globalización en curso, identifica entre ellas 45.000. Pues bien, 37.000 de esas empresas se hayan radicadas en EE.UU., la UE o Japón, y parece razonable suponer que la abrumadora mayoría de las restantes, aunque formalmente emplazadas en otros escenarios, se encuencan al cabo controladas, también, desde el Norte desarrollado.

Formularé otra apreciación relacionada con esta misma cuestión. Uno de los grandes mitos que adoba a la globalización capitalista es el que señala que ha permitido incrementar espectacularmente las inversiones dirigidas a los países más pobres. Es verdad que las inversiones se han incrementado sensiblemente en el caso de una docena de Estados. Estoy pensando en China, Corea del Sur, Tailandia, Turquía, México, Brasil, en su momento Argentina. Mientras tanto, y en cambio, la abrumadora mayoría de los países más pobres sigue por completo al margen de ese proceso inversor. Pensad que el conjunto del África subsahariana, más de cuarenta Estados, con mucho la región más pobre del planeta, ha recibido menos del 5 por ciento de esos flujos de inversión aparentemente tan importantes.

¿En qué estoy pensando, y ésta es la otra cara de la cuestión, cuando afirmo que la globalización en curso no es un proceso igualitario? Ante todo en cifras que habéis escuchado mil veces. En el planeta contemporáneo hay 3.000 millones de personas, la mitad de la población, condenadas a mal vivir con menos de dos euros al día; de ellas 1.200 millones tienen que hacerlo con menos de un euro diario, en situación de pobreza extrema. El 70 por ciento de estos pobres, de los primeros como de los segundos, son, por añadidura, mujeres, dato que por sí le otorga relieve al concepto de feminización de la pobreza. Más de 800 millones de personas padecen hambre crónica, una realidad saldada en esa cifra espeluznante que subraya que entre 40.000 y 50.000 seres humanos mueren cada día por efecto del hambre. Mientras ello ocurre, las tres fortunas personales mayores del globo equivalen al producto interior bruto de los 48 Estados más pobres. No sólo se trata de eso: las diferencias en términos de ingresos entre los más ricos y los más pobres no han dejado de crecer al calor de la globalización capitalista. Si las ciframos en las existentes entre el 20 por ciento mejor emplazado y el 20 por ciento peor situado de la población planetaria, esas diferencias eran de 30 a 1 en 1960, se emplazaron en 60 a 1 en 1990 y hoy andan frizando el 80 a 1. Quien piense que la globalización en curso está uniformizando los niveles de riqueza y de desarrollo parece que le está dando la espalda a los datos objetivos. Lo que acabo de contaros se resume en una idea matriz: muchos expertos sugieren que la globalización ha generado lo que han dado en llamar la 'sociedad del 20/80', en virtud de la cual una quinta parte de la población planetaria, el 20 por ciento, vivirá en la opulencia, en tanto las cuartas quintas partes restantes se verán condenadas a una lucha feroz por sobrevivir.

Vaya la tercera apreciación que quiero haceros: la cuestión de la pobreza rodea la historia entera del planeta desde muchos siglos atrás. La certificación de que eso es así podría conducir legítimamente a la conclusión de que el problema correspondiente debe ser extremadamente difícil de encarar. No me atreveré a decir lo contrario. Pero creo que tiene su sentido que os proponga una rapidísima reflexión que intenta cuantificar algo que guarda una estrecha relación con la cuestión de la pobreza. En el año 1997 el PNUD, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, formuló una propuesta de cariz fundamentalmente teórico. Se trataba de gravar con un liviano impuesto, de sólo el 4 por ciento, las 225 fortunas mayores del planeta. Permitidme que lo repita: un impuesto de sólo el 4 por ciento aplicado a las fortunas de 225 personas en un planeta en el que viven más de 6.000 millones de seres humanos. Según el PNUD, de cobrar cuerpo semejante impuesto podrían recaudarse cada año 40.000 millones de dólares, una cifra suficiente para encarar los problemas más graves en materia de sanidad, educación, alimentación y agua. El PNUD agregaba que para consolidar el esfuerzo correspondiente sería necesario que el impuesto se aplicara durante diez años, al cabo de los cuales se habrían recaudado 400.000 millones de dólares.

Os pido que retengáis en la cabeza un momento esta cifra, 400.000 millones de dólares, recaudados en un decenio, y que la comparéis con lo que se gasta cada año en otros menesteres. Cada año se gastan en drogas en el planeta 400.000 millones de dólares, una suma equivalente a la que el Programa de Naciones Unidas

para el Desarrollo proponía recaudar en un decenio. Cada año se gastaban en alimentar gigantescas maquinarias militares 780.000 millones de dólares, el doble de lo que el PNUD proponía recaudar en diez años; he utilizado en este caso el pasado porque es la cifra anterior a los atentados del 11 de septiembre de 2001, y bien sabéis que el gasto militar ha crecido espectacularmente desde entonces en todo el planeta. Cada año se gasta en publicidad, en fin, un billón, esto es, un millón de millones, de dólares, una cifra dos veces y media superior a lo que el PNUD se proponía recaudar a lo largo de un decenio. Creo que a la luz de estas comparaciones la conclusión está servida: la no resolución del problema de la pobreza tiene mucho que ver con la ausencia de voluntad política y de actitudes solidarias en el Norte desarrollado. Naturalmente que el problema, una cuestión más compleja, no se vincula exclusivamente con la transferencia de recursos. Pero aun así las cifras manejadas tienen, creo, la virtud de resituar el debate correspondiente.

Cuarta apreciación que quiero hacer: ¿cuál es la filosofía, cuál es la lógica de fondo, que inspira la globalización capitalista? Cuando me formulo esta pregunta echo siempre mano de una reflexión que cayó en mis manos hace unos años, formulada por un personaje llamado Lawrence Summers, en su momento economista jefe del Banco Mundial. El primer argumento de nuestro hombre señalaba que, como los salarios son más bajos en el Tercer Mundo, los costes económicos de la contaminación, provocados por el crecimiento en el número de enfermedades y muertes, serán más bajos también en los países más pobres. Summers sugería, en segundo lugar, que, como quiera que en buena parte del Tercer Mundo la contaminación es todavía escasa, está justificado contaminar allí donde menos se contaminó con anterioridad. Cito literalmente al personaje: "Siempre he pensado que los países de África están todavía demasiado poco contaminados. La calidad del aire es probablemente excesiva e innecesaria en comparación con lo que ocurre en Los Ángeles o en México D.F.".Cuál era, en fin, el último argumento de Summers: como quiera que los pobres son pobres, no cabe esperar que se ocupen en demasía por los problemas medioambientales. Cito de nuevo literalmente: "La preocupación por un agente que causa una posibilidad entre un millón de contraer un cáncer de próstata será mucho mayor en un país cuya población vive lo suficiente como para contraer un cáncer de próstata que en otro en el que la mortalidad antes de los cinco años de edad es del 200 por mil". Vandana Shiva, una activista india antiglobalización que se hizo eco de las declaraciones de Summers concluyó, creo que de manera indisputable, que a los ojos de determinados economistas la vida de los seres humanos tiene un precio diferente en el Norte desarrollado que en el Sur empobrecido.

Quinta apreciación que quiero hacer: ¿qué es lo que ocurre con la institución Estado, y en general con los poderes políticos tradicionales, al calor de la globalización en curso? Responder a esto no es sencillo por una razón: con la institución Estado se revelan dos tensiones bien diferentes. Si la una se encamina a reducir drásticamente las atribuciones de aquél, la otra se orienta a acrecentarlas. Vayamos por partes. Muchas veces he contado que hace años, volviendo de Inglaterra para Madrid, en un aeropuerto de Londres compré un libro que se titulaba 'Captive State', Estado cautivo. Después descubrí que era un trabajo muy sesudo que venía a demostrar algo que la

mayoría ya intuíamos: seríamos muy ingenuos si pensásemos que las personas que encabezan formalmente nuestros sistemas políticos tienen una capacidad firme de decisión con respecto a las cuestiones que realmente nos afectan. Son, antes bien, gigantescas corporaciones económico-financieras que operan en la trastienda las que marcan en muy buena medida el derrotero de nuestras sociedades. El libro al que me acabo de referir relataba cómo el último --ahora ya el penúltimo-- de los congresos ordinarios del Partido Laborista británico, hoy en el gobierno, había sido financiado en su integridad por una empresa transnacional. Algo que obligaba a preguntarse, claro, por el margen de maniobra de esa fuerza política cuando tuviese que encarar cuestiones en las cuales se hallasen de por medio los intereses de esa empresa transnacional.

Por lo que cuentan, el ex presidente Aznar estaba muy preocupado por la legitimidad que asiste a los portavoces de los movimientos de resistencia frente a la globalización. Se preguntaba quién había elegido a esas personas y a quiénes representaban. Nada tengo yo que oponer a esas preguntas, que me parecen a su vez legítimas, pero creo que sería muy saludable que Aznar empezara por el principio y se preguntase quién ha elegido a los máximos responsables del Fondo Monetario, del Banco Mundial o de la Organización Mundial del Comercio, o a los propietarios de esas empresas transnacionales que todo lo rigen en la trastienda.

El escenario al que me refiero creo queda muy bien retratado en dos frases formuladas en momentos históricos muy lejanos entre sí. La primera corresponde a un filósofo norteamericano, John Dewey, quien hace cuatro décadas escribió lo siguiente: "La democracia pierde su sentido cuando la vida de un país se ve gobernada por genuinos tiranos privados, de tal suerte que los trabajadores se hallan subordinados al control empresarial y la política se convierte en la sombra que los grandes negocios arrojan sobre la sociedad". La segunda de esas frases data de quince siglos atrás, del siglo V, y aparece recogida en 'La ciudad de Dios' de san Agustín. Reza así: "Si de los gobiernos quitamos la justicia, en qué se convierten sino en bandas de ladrones a gran escala. Y estas bandas, qué son sino reinos en pequeño. Son un grupo de hombres, se rigen por un jefe, se comprometen en un pacto mutuo, se reparten el botín según la ley por ellos aceptada. Supongamos que a esta cuadrilla se le van sumando nuevos grupos de bandidos hasta ocupar posiciones, establecer cuarteles, tomar ciudades y someter pueblos. Abiertamente se autodenomina reino, título que a todas luces le confiere, no la ambición depuesta, sino la impunidad lograda. Con toda finura y profundidad le respondió a Alejandro Magno un pirata hecho prisionero. El rey en persona le preguntó: '¿qué te parece tener el mar sometido al pillaje?' 'Lo mismo que a ti', respondió el pirata, 'el tener el mundo entero. Sólo que a mí, que trabajo con una ruin galera, me llaman bandido, y a ti, por hacerlo con toda una flota, te llaman emperador'".

La otra cara de la cuestión, la que apunta no ya a una remisión de los poderes del Estado, sino a un incremento, tiene una estricta actualidad. Sabéis que una de las grandes apuestas en el planeta contemporáneo lo es en provecho de un incremento espectacular en los gastos de carácter militar. La punta de lanza corresponde con toda

claridad a los EE.UU., cuyo presidente sacó adelante en 2002 un incremento de un 14 por ciento en el gasto en defensa, al que han seguido crecimientos anuales también importantes. La circunstancia que me ocupa me temo que no nos es desconocida. Nos retrotrae a lo ocurrido en los propios EE.UU. veinte años atrás al calor de las políticas que abrazó el presidente Reagan. Reagan era un neoliberal, decidido partidario de reducir hasta extremos impensables los niveles del gasto público en sanidad y en educación, pero firme partidario, al mismo tiempo, de acrecentar de forma notabilísima el gasto militar. La gran paradoja de los ocho años de presidencia de Reagan fue que al cabo de ellos el déficit público resultó ser sensiblemente más alto que en el momento inicial, algo que desmentía un principio inserto en el frontispicio del proyecto neoliberal: el del déficit público cero. Para explicar semejante contradicción no hay que ir muy lejos: a los neoliberales les inquieta el gasto público cuando éste se vincula con la sanidad y la educación; olvidan cualquier tipo de cautela al respecto, en cambio, cuando de por medio se hallan gigantescas maquinarias represivo-militares.

Me adentro en la sexta observación que quiero hacer: no descubro nada nuevo si afirmo que en el momento presente los EE.UU. configuran la potencia hegemónica del planeta. Hay quien sugiere, con todo, que la hegemonía norteamericana de estas horas muestra un rasgo inédito que la hace incomparable con otros fenómenos aparentemente similares registrados en el pasado. Se trata de una hegemonía que por vez primera en la historia se revela simultáneamente en todos los terrenos importantes: el de la política, el de la economía, el de la cultura, el de la tecnología y el de los hechos militares. El imperio español fue hegemónico en el siglo XVI pero nunca pudo presumir de una preponderancia tecnológica. El imperio inglés lo fue en el XIX, pero siempre tuvo por detrás el aliento de competidores efectivos como Francia, Alemania o los propios y emergentes EE.UU. En circunstancias como éstas, creo que tiene su sentido preguntarse por las amenazas que penden en el horizonte de la hegemonía norteamericana. En otras palabras: ¿qué es lo que podría ocurrir de tal suerte que esa hegemonía pierda aliento o, más aún, acabe por desvanecerse?

La primera respuesta que se me ocurre hilvanar a esa pregunta sugiere que debemos prestar atención a un hecho a veces olvidado: los EE.UU. configuran la principal maquinaria productora de pobreza en el Norte desarrollado. No olvidéis que en los arrabales de sus ciudades hay 46 millones de indigentes, 50 millones de analfabetos funcionales y más de 40 millones de personas que carecen de cualquier tipo de seguro social. Las cifras que acabo de trasladaros parecen llamadas a incrementarse al calor de las políticas neoliberales que abrazan los sucesivos presidentes norteamericanos. No vaya a ser que, prestándole como le prestamos mucha atención a las amenazas externas que penden sobre la hegemonía norteamericana, olvidemos que el edificio correspondiente presenta hendiduras muy notables cuyos efectos se pueden hacer valer en el futuro.

La segunda amenaza que pende sobre la hegemonía norteamericana se llama, no sin paradoja, globalización capitalista. ¿Por qué? Es muy interesante comprobar

cómo muchos economistas que hace sólo media docena de años defendían a capa y espada la globalización en curso pareciera como si empezasen a verle las orejas al lobo, como si hubiesen arribado a la conclusión de que, si se mantiene en pie una apuesta inmoderada en provecho de la desaparición de los poderes políticos tradicionales, y con ellos de las medidas de control y de freno, eso puede llevarnos a un caos planetario que haga que el proceso escape del control y de los intereses de quienes lo pusieron en marcha. La institución Estado es vital en el proceso de acumulación del capital. Si la hacemos desaparecer, los propios intereses de quienes en el pasado se lucraron con ese proceso pueden entrar en quiebra. Conforme a esta clave, la globalización capitalista sería un caballo desbocado por completo fuera de control, algo que a buen seguro no conviene a los sectores más conscientes del capitalismo contemporáneo.

La tercera amenaza que se revela en el horizonte de la hegemonía norteamericana se llama prepotencia. Son muchos los historiadores que sugieren que la mayoría de las potencias hegemónicas del pasado perdieron su condición de tales, no de resultas de la aparición de competidores externos, sino, antes bien, por efecto de su incapacidad para calibrar cuáles eran sus propias limitaciones. Creo que en este caso no tengo que ir muy lejos en busca de un ejemplo ilustrador del vigor contemporáneo del argumento: lo que los EE.UU. están haciendo en estos momentos en Iraq y el apoyo indiscriminado que han proporcionado en todo momento a las políticas criminales que despliegan los diferentes primeros ministros de Israel por fuerza generan agravios sin cuento en las opiniones públicas, y acaso entre los propios gobernantes, en un amplísimo arco de crisis que discurre desde Marruecos hasta Filipinas. Uno puede imaginarse, aunque cada vez cuesta más trabajo, que Washington se sale con la suya en Afganistán, en Iraq y en Palestina a costa tal vez de desestabilizar países mucho más importantes como Egipto, Arabia Saudí, Pakistán o Indonesia. La historia suele ser lenta pero acostumbra a ser perseverante y acaba por pasar factura.

La cuarta amenaza que atañe a la hegemonía norteamericana es la que podría cobrar cuerpo de verificarse aproximaciones entre potencias de rango secundario. Los ejemplos que suelen aducirse al respecto los aportan, de un lado, China y Japón, y, del otro, la UE y Rusia. Si la UE y Rusia se aproximasen podrían gestar una macropotencia euroasiática en la que se diesen cita la riqueza de la primera y la profundidad estratégica y las materias primas energéticas de la segunda. Hay quien sostiene que, en este terreno sí, los EE.UU. han movido inteligentemente sus peones a lo largo de los últimos años, procurando atraer hacia sí a Rusia, no tanto porque Rusia objetivamente les interese como porque les interesa mantenerla alejada de la UE. Ojo, de cualquier modo, con este tipo de perspectiva. Aunque cualquier persona sensata asumirá de buen grado que es saludable que surjan contrapesos en el camino de los EE.UU., debemos prestarle mucha atención a la condición precisa de esos contrapesos, no vaya a ser que a su amparo reaparezcan muchos de los elementos miserables que impregnan la política del gran imperio americano. Lo diré con mayor claridad: nada nos obliga a concluir que la UE, por su cara bonita, es un agente internacional vinculado con la causa de la justicia, la libertad y la solidaridad.

Afronto la séptima y última apreciación que quiero hacerlos: he desgajado conscientemente del análisis anterior la mención de un quinto elemento que bien puede ser una amenaza en el horizonte de la hegemonía norteamericana. Al fin y al cabo, los cuatro que acabo de invocar se resumen en una idea maestra, la del caos. El capitalismo global que conocemos genera inexorablemente caos y ese caos puede volverse en contra de los propios intereses de quienes pusieron en marcha el proceso correspondiente. La quinta amenaza corresponde a un orden de cosas completamente diferente: el de la autoorganización de sociedades civiles firmemente decididas a plantar cara a tanta ignominia. Creo que no digo mentira si afirmo que la señal más clara y cristalina de lo que tengo ahora entre manos la aportan los movimientos de resistencia frente a la globalización capitalista.

La primera discusión que corresponde proponer en relación con la condición de esos movimientos afecta a su nombre. Sabéis que el término que ha acabado por instalarse en el debate político y en los medios de comunicación es el que habla de 'movimientos antiglobalización'. La expresión en cuestión ha suscitado críticas muy agrias. Para unos es mala porque retrata en clave estrictamente negativa a movimientos que tienen una clara vocación propositiva. Para otros, distorsiona la realidad en la medida en que la mayoría de esas redes, hablando con propiedad, no se oponen a toda modalidad de globalización sino que lo que reclaman es una globalización distinta de aquella que padecemos. Debo confesaros mi recelo con respecto a ese último argumento. Mi sospecha es que toda modalidad de globalización que podamos imaginar, por benignos que sean sus propósitos, reclama necesariamente elites directoras, procesos jerarquizados y tendencias uniformizadoras que merecen como poco la cautela y acaso el rechazo.

¿Por qué entiendo yo que surgen los movimientos de resistencia global? Por tres razones fundamentales. La primera, cómo no, es el deseo de dar réplica a la ignominia de la globalización que padecemos, a la ignominia de esa sociedad del 20/80 que antes describía, a la ignominia de un planeta en el que los recursos transferidos a los países más pobres siguen siendo realmente miserables. La segunda de las razones corresponde al propósito de organizar las demandas de las gentes que padecen el endurecimiento planetario que, tanto en el Norte como en el Sur, afecta a las condiciones del trabajo asalariado. La tercera y última es el designio de hacer frente a muchos de los problemas que se revelan en el seno de la izquierda tradicional en la forma de partidos dramáticamente instalados, muy a menudo, en la lógica del sistema, de sindicatos que han perdido con frecuencia su capacidad de combate de antaño y de ONG que, en muchos casos, han defraudado las expectativas que en ellas se depositaron.

Permitidme que me detenga un momento a glosar esta última cuestión. Las organizaciones no gubernamentales existen desde muchos decenios atrás. Pero su conversión en objeto central de debate político data de hace quince años. Se produjo, creo yo, a caballo entre los decenios de 1980 y 1990, e intuyo que lo hizo en cierta relación con el hundimiento de los sistemas de tipo soviético. Frente a la condición

estatalista abrasiva de estos últimos, se pasó a promover formas de movilización de la sociedad civil al margen de los Estados y de sus redes. Mucho me temo, sin embargo, que sobran los ejemplos de abandono, entre las ONG, del proyecto primigenio. ¿Por qué? Porque si en muchos casos dependen, paradójicamente, de los presupuestos públicos, en otros han acabado por gestar genuinas castas funcionariales más interesadas en mantener sus puestos de trabajo que en atender a las poblaciones que son los teóricos beneficiarios de sus servicios. ¿Por qué os recuerdo todo esto? Para subrayar que los movimientos de resistencia global no están en modo alguno libres de caer en semejantes pecados. No vaya a ser que dentro de diez años tengamos que calibrar qué ha ocurrido con esos movimientos y nos veamos en la obligación de que repetir análisis como el que os estoy trasladando ahora.

Al margen de lo anterior, los movimientos tienen que afrontar problemas razonablemente severos. Así, deben superar la dinámica frenética de las contracumbres y los foros, y dotarse de mecanismos organizativos cada vez más asentados, que permitan que la población, al margen de manifestarse como debe hacerlo, encuentre canales para trabajar y empezar a modificar el mundo. Tienen que clarificar el panorama de sus referentes políticos, forjando nuevas fuerzas, aceptando las que ya existen o planteándose simplemente el engrosamiento de sus propias redes en sentido no jerárquico y no autoritario. Deben hacer frente a delicadas tesituras derivadas de la presión que a menudo acosa a sus estructuras y dotarse de un lenguaje comprensible para el común de los ciudadanos. Tienen que desarrollar medios de comunicación propios, que los hagan cada vez menos dependientes de los medios de comunicación del sistema. Han de resolver, en fin, la cuestión de la violencia, sin olvidar que la violencia mayor que se ejerce en su entorno no es la que cobra cuerpo en el seno de los movimientos sino la que se desarrolla contra ellos.

Aun con todos estos retos en el horizonte, estoy obligado a subrayar, y voy acabando, que los movimientos aportan tres perspectivas realmente interesantes y estimulantes. La primera asume la forma de una contestación global de los sistemas que padecemos, y ello frente a las contestaciones parcializadas que, acaso muy a su pesar, caracterizaron a muchas de las redes antecesoras. En segundo lugar, los movimientos no reivindican en forma alguna una actitud de 'borrón y cuenta nueva'. Disponen, antes bien, de mecanismos fluidos de relación con los sectores más lúcidos del movimiento obrero de siempre, con los que comparten una terminología común trenzada en torno a conceptos como los de exclusión, explotación o feminización de la pobreza. Por si todo lo anterior fuese poco, y en tercer y último lugar, los movimientos disponen, por vez primera en la historia, de genuinas redes transnacionales en las cuales se dan cita gentes del Sur y gentes del Norte con afortunada primacía de las primeras.

Cuando hablo de estas cosas es frecuente que se me pregunte si no aprecio ninguna dimensión saludable en el proceso de globalización capitalista en curso. La pregunta, sospecho, tiene cierta dimensión capciosa, en la medida en que lo que se propone subterráneamente es evaluar si quien está llamado a responderla conserva algo de ecuanimidad de juicio. Siempre digo que hay al menos tres maneras

diferentes de responderla. La primera, muy retórica, se apuntaría a aquello de que no hay nada en el planeta que no exhiba alguna arista saludable; hasta los nazis, por lo que cuentan, organizaron de manera muy competente los juegos olímpicos del año 1936. La segunda de las maneras de encarar la cuestión, más complicada desde el punto de vista intelectual, invoca lo que es innegablemente cierto: la globalización capitalista ha cobrado cuerpo en un escenario en el que simultáneamente se han desarrollado tecnologías que, al menos a primera vista, pueden ser objeto de un uso más saludable. Me estoy refiriendo, como podéis intuir, a Internet. Debo confesaros mis recelos sobre el argumento de fondo: el 93 por ciento de los usuarios de Internet forma parte del 20 por ciento de la población privilegiada del planeta. Esto me induce a sostener que Internet es más bien una tecnología que ratifica exclusiones tradicionales, y no una tecnología que ayuda a romperlas. No sólo eso. El 65 por ciento de los habitantes del globo, las dos terceras partes, no es que no hayan utilizado nunca Internet: es que no saben siquiera lo que es un teléfono, algo que redundaría en provecho del recelo con respecto a la tesis que estoy manejando.

Así las cosas, se me ocurre que la tercera y última de las respuestas es la correcta: la globalización capitalista sólo ha tenido un efecto saludable, bien que extremadamente interesante. Y es que ha permitido que cobren cuerpo movimientos cada vez más fuertes, más sólidos, más imaginativos, más firmemente decididos a darle réplica en todos los órdenes imaginables.

Carlos Taibo Arias

[Comentarios a este artículo](#)